

**Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo.
Señor Don Emilio Fernández-Galiano**



El Excmo. Señor Don Emilio Fernández-Galiano nació el 3 de agosto de 1923 en Barcelona. Tomó posesión como Académico de Número el día 27 de octubre de 1983 de la Medalla número 26. Falleció el día 5 de junio de 2006. La Sesión Necrológica se celebró el día 15 de febrero, participando el Excmo. Señor Don Jesús Izco Sevillano, el Excmo. Señor Don Gonzalo Giménez Martín, el Excmo. Señor Don Juan Ramón Lacadena y el Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol Tejada. Fue presidida por la Excma. Señora Doña María Teresa Miras Portugal, Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.

**Emilio Fernández-Galiano, botánico.
Barcelona (3 de agosto de 1923) -
Madrid (5 de junio de 2005)**

JESÚS IZCO SEVILLANO
Académico Correspondiente

Excma. Señora Presidenta,
Excmas. y Excmos. Académicos,
Familiares y amigos de Emilio Fernández-Galiano,
Señoras y Señores:

Mi intervención inicia la sesión que la Real Academia Nacional de Farmacia ha organizado en recuerdo de Emilio Fernández-Galiano Fernández, a iniciativa de la Sección 2ª: Biología, Biotecnología y Farmacogenómica, por medio del Profesor Juan Ramón Lacadena. Además de mi condición de botánico y tal vez por encima de ella, mi presencia aquí tiene fundamento en la amistad de años y la convivencia en el desempeño de nuestras obligaciones en la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid. Ello enlaza y trae a mi memoria las ocasiones en las que la vida cruzó nuestros caminos y me lleva al análisis del botánico y del significado de sus obras principales. En lo personal, permítanme que recuerde antes de empezar que Emilio, junto a otros de mis amigos, me instó primero y avaló después mis candidaturas como académico correspondiente y luego como académico numerario para formar parte de esta Institución. No es necesario declarar que siempre le agradecí aquellas manifestaciones de respeto y consideración, pero aprovecho esta ocasión para hacer público ese agradecimiento.

Aunque nacido en Barcelona, el traslado de su familia le llevó a Madrid donde se licenció en Farmacia (1945) por la Universidad Complutense. Tras sus estudios farmacéuticos leyó su tesis doctoral, dirigida por Salvador Rivas Goday (1950) y al poco se licenció en Biología (1951), por la misma Universidad madrileña. En los años difíciles de la posguerra se inicia por tanto la vida botánica de Emilio Fernández-Galiano, que A. Ramos (2006) resume en las páginas que, con motivo de su fallecimiento, dedica a su memoria en la revista *Botanica Complutensis*, «...su vocación naturalista fue impulsada precozmente por su padre Don Emilio Fernández-Galiano, y aleccionada por quienes siempre consideró sus maestros en el saber científico, Don José María Albareda Herrera y, especialmente, Don Salvador Rivas Goday, quien le inició en el conocimiento botánico». Los mismos referentes académicos que cita el propio Galiano en su discurso de ingreso en esta Academia (Fernández-Galiano, 1983).

Tras ambas licenciaturas desarrolló actividades docentes en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense (1946-1962). Primero como Ayudante de Clases Prácticas de Botánica y más tarde como Profesor Adjunto en la cátedra de Geología Aplicada, que dirigía José María Albareda. Con independencia de la adscripción administrativa de cada tiempo simultaneaba su presencia y su trabajo en ambos laboratorios. De aquellos lejanos años le recuerdo con bata blanca cuando yo cursaba las asignaturas de Botánica y frecuentaba con mis compañeros los laboratorios de la cátedra, para que nos clasificasen alguna planta o para repasar las que estaban expuestas en las vitrinas del pasillo, algo fundamental si se quería aprobar el examen práctico.

En mi intervención me centraré en Emilio Fernández-Galiano como botánico, ya que otros aspectos son glosados por los otros académicos que participan en este homenaje conmemorativo o se han tratado en otros actos análogos y en las publicaciones que derivaron de ellos o independientes (Ramos, 2005; Valdés, 2005, Valdés *et al.*, 2006), la nota necrológica de Diego (2006) incluye la relación de trabajos publicados. No es fácil descomponer la vida de un hombre en fragmentos. Todos los hechos, todas las decisiones de un hombre forman parte de un todo, somos individuos, en el sentido etimológico de la palabra somos no divisibles. Somos además lo que nos rodea, fruto de nuestro tiempo, de los medios en los que nos desarrollamos y de las personas con las que nos relacionamos. Lo cual es una forma de

repetir la idea, tantas veces citada, de uno de nuestros más célebres filósofos. Sin embargo, en la imposibilidad de abarcarlo todo conjuntamente, más si ha de ser de forma breve, reducimos los análisis a aspectos o campos particulares. Algo que hacemos habitualmente en nuestro trabajo científico y así lo hago ahora. Incluso limitado al campo de la Botánica he renunciado a un análisis amplio y apenas esbozo algunos trazos relacionados con hechos y aportaciones que considero principales en su vida profesional.

Quiero destacar en primer lugar su tesis doctoral. Lleva por título «Preclímax y postclímax de origen edáfico». Fue dirigida por Salvador Rivas Goday y leída el 14 de abril de 1951. De inmediato fue publicada bajo la firma de director y doctor en los Anales del Jardín Botánico de Madrid (1952). Ya he indicado en otra ocasión que Salvador Rivas Goday dirigió tesis avanzadas, innovadoras, muy en línea con las preocupaciones científicas de su tiempo (Izco, 2004). A estos criterios responde la tesis de Emilio Fernández-Galiano.

El concepto de clímax ha sido una de los más discutidos y polémicos de la ciencia de la vegetación, tomada como parte de las ciencias ecológicas, lo que ha sido causa de que los ecólogos hayan participado igualmente en la discusión. El concepto de clímax fue elaborado por F. E. Clements en torno a la primera década del siglo XX. Clímax, escala en griego, es término que responde a un tropo gramatical con referencia a la etapa última de la sucesión temporal de distintas comunidades vegetales en el mismo espacio. El origen de las discusiones no venía de reducir la secuencia en conjunto al último peldaño, eso mismo hacemos en el lenguaje común al hablar de clímax como el momento culminante de un proceso o de una acción. Los problemas estaban ligados a su carácter determinista y si el clima general (macroclima) era capaz de homogeneizar la etapa final de la sucesión, con independencia de otros factores ambientales, principalmente edáficos y topográficos, pensamiento que se expresaba como «Teoría de la monoclímax». En otros términos si la clímax era común en escalas muy pequeñas y era equivalente a grandes formaciones ecológico-fisonómicas o si la clímax se manifestaba en escalas mayores mediante comunidades vegetales diferentes; en otros términos, si en un mismo territorio existían modelos de sucesión diferentes y existían distintas clímax condicionadas por factores locales, modelo conceptual conocido como «Teoría de la policlímax».

En esa encendida discusión de entonces, hoy apagada por resuelta, a favor de las climax locales, se inserta la tesis del botánico que recordamos en esta sesión. La publicación se inicia con una breve y concisa definición de los conceptos de climax, preclimax y postclimax. A partir de ahí, los autores se adentran en los conceptos relacionados con la climax y los desarrollan de manera práctica, con ejemplos concretos referidos a la vegetación española.

Como punto de partida identifican las climax con las formaciones ecológico-fisonómicas de Brockmann-Jerosch y Rübél y establecen sus relaciones, basadas en las condiciones de humedad y de temperatura, «...para matizar variantes dentro de las grandes formaciones; y de esa manera comenzamos a separarnos del antiguo concepto geobotánico de la uniformidad en el óptimo de las climax, o sea de la “teoría de la monoclimax”» (*op. cit.*, 460). A partir de esa premisa consideran la influencia de la humedad edáfica y de la naturaleza del sustrato para identificar y definir las preclimax y postclimax de la vegetación española, «...advirtiendo desde ahora que el antiguo concepto rígido de la climax ha sido sustituido por el más moderno de la teoría de la policlimax» (*op. cit.*, 476). Todo sobre la base que en un territorio las condiciones de xericidad determinan preclimax y los medios más húmedos llevan a tipos de vegetación que se deben interpretar como postclimax (Figura 1).

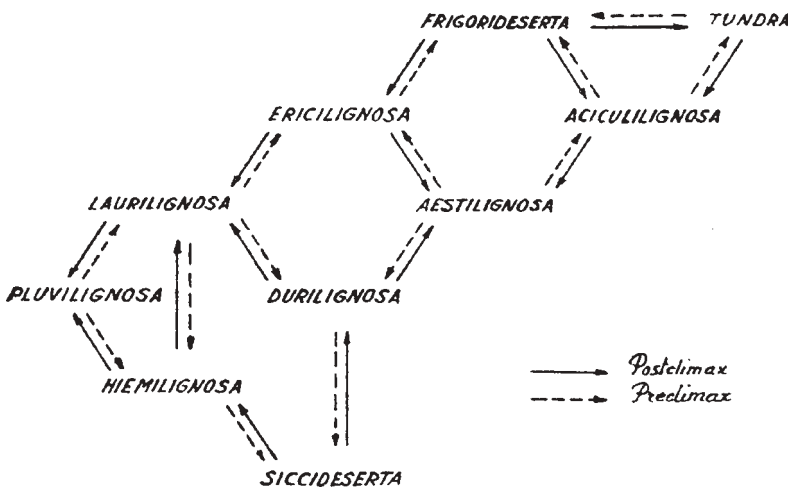


FIGURA 1.

El estudio abarca una buena parte de España y toma ejemplos de numerosos tipos de vegetación del país, información que previsiblemente venía de la ya entonces amplia experiencia de Salvador Rivas. Sin embargo, el trabajo lleva también la impronta del joven doctor, que se manifiesta en los numerosos análisis edáficos ligados a las comunidades vegetales; se analizan por horizontes cloruros, sulfatos, carbonatos y se determina el pH. Aunque la relación suelo/vegetación cuenta en España con los magníficos antecedentes de Emilio Huguet del Villar, la consideración añadida de los procesos de sucesión a esa relación es original y avanzada a su tiempo. Esta conjunción afortunada no era fruto de la casualidad. Salvador Rivas tenía una buena formación en el análisis químico y su concepto de vegetación implicaba el substrato, con diversas publicaciones en esa línea, por otro lado la política científica de Rivas Goday estuvo marcada por la relación con los edafólogos (Izco, 1975). Por si eso fuera poco el propio Fernández-Galiano mantuvo permanentemente una relación estrecha con el Departamento de Edafología de la Facultad de Farmacia de Madrid y fue Profesor Adjunto en él.

Tras su tesis marchó a Toulouse (Francia), en 1952, para seguir entonces un avanzadísimo curso titulado «Identificación de la vegetación por la fotografía aérea», organizado por H. Gaussen; luego mantuvo contactos con el alemán R. Tüxen, finalmente marchó un año a Quebec (Canadá) (1955-1956), para trabajar con P. Dansereau (Rivas Martínez, 1983). Henri Gaussen era un célebre botánico y fitogeógrafo francés, de amplia formación que abarcaba la sistemática, cartografía, climatología, etc., de amplia proyección mundial; Reinhold Tüxen ha sido uno de los maestros indiscutibles de la Fitosociología, con discípulos directos procedentes de todos los países europeos, así como de los principales estudiosos de la vegetación en Japón; Pierre Dansereau es, casi centenario, una de las figuras más señaladas en el campo de la Ecología, Fitosociología, Cartografía y otras ciencias relacionadas con estas principales. Con estos antecedentes no cabe duda de la confianza de sus mentores en las cualidades del joven Emilio Fernández-Galiano y del proyecto de hacer de él uno de los pivotes sobre los que se desarrollarían las ciencias de la vegetación en España. Sin embargo, Galiano orientó su vida académica en otra dirección.

Mediada la década de los años sesenta, la universidad española inicia un tímido despegue con la creación de nuevos centros y dotación de nuevas plazas al servicio de la docencia y de la investigación. Esta fase expansiva vino motivada por necesidades objetivas, el incremento de alumnos que accedían al nivel universitario y la presión de estos mismos en los centros con quejas sobre la masificación. En ese contexto se creó una Sección de Biología en la Facultad de Ciencias de Sevilla (1964), que ya contaba con otras secciones, entonces reunidas en una sola facultad, como ocurría en el resto de España. Botánica fue la primera cátedra que se dotó en la nueva sección y a ella se incorporó Emilio Fernández-Galiano como primer catedrático de aquel centro (11-XI-1965), «...cuyas cátedras ocupamos una serie de doctores (muchos de nosotros procedentes del CSIC) ya con la suficiente preparación para desempeñarlas...» (Fernández-Galiano, 2001).

Puedo imaginarme su llegada a Sevilla, aunque sólo sea por mi experiencia personal al llegar a León como Profesor Agregado de Botánica (1970), el primer numerario que se incorporó a aquel centro, entonces dependiente de la Universidad de Oviedo. Como es fácil imaginar en Sevilla se partía de cero, con carencias de todo tipo, que iban desde la necesidad de poner en marcha un equipo de trabajo a la tarea de construir un sistema académico y administrativo en la Facultad. Situación que no era muy diferente de la vivida por el propio Galiano como estudiante, con universidades «...desmanteladas, empobrecidas material y culturalmente y carentes de lo imprescindible (y no digamos de lo prescindible). Pertenecíamos a unas generaciones que, debido a los cambios sociales a nivel nacional y mundial, habían sufrido (y empleo el término en sus dos principales acepciones, especialmente la segunda: “sentir un daño moral”), habían sufrido, digo, las turbulencias políticas por las que había pasado España desde nuestra infancia» (Fernández-Galiano, 2001). En esa tarea desde los cimientos participó Emilio junto con otros profesores recién incorporados, desde la dirección del nuevo Departamento de Botánica y desde el Decanato (1969-1972).

En la capital andaluza Galiano tuvo oportunidad de expresar sus excepcionales dotes de organizador y de profesor avezado, capaz de espigar los más prometedores entre sus jóvenes alumnos. No es fácil levantar un departamento universitario y menos aún una facultad,

pero con decisión y habilidad, junto a sus buenas relaciones, consiguió en pocos años un centro homologable con los de otras universidades. Sus cualidades ya se habían puesto de manifiesto antes y volvieron a hacerse patentes después en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas o al frente del MAB (Man and Biosphere) en España, proyecto de la UNESCO que se materializó en la inclusión de la reserva de Urdaibai (Vizcaya) en ese marco general de protección de la naturaleza.

La llegada de Emilio Fernández-Galiano a Sevilla estuvo ligada a un primera fase expansiva de la universidad española y, a la vez, a un desarrollo de la ciencia en general, como respuesta a la recuperación económica y científica que tuvo lugar dos décadas después de finalizada las contiendas militares que arrasaron el mundo en aspectos económicos, científicos y morales. En el campo de la Botánica en concreto se producía en aquellas fechas una renovación generalizada, que se expresaba sobre todo en el mundo anglosajón, con incorporación de nuevos paradigmas y nuevas técnicas de trabajo. En ese marco se inserta el desarrollo de la Biosistemática, la Taxonomía experimental, la Taxonomía numérica, el uso generalizado de los datos cromosómicos, la Quimiosistemática, etc.

El nuevo campo de juego no entraba en contradicción con el uso del herbario como apoyo elemental en el trabajo botánico. Más bien lo potenciaba. Desde ese punto de vista, el recién llegado catedrático se planteó la vuelta a Sevilla de los herbarios que habían salido de allí para el Real Jardín Botánico de Madrid, en 1943 (Salguero y Talavera, 1997). El volumen de aquellos materiales alcanzaba casi 12.000 pliegos, procedentes de los herbarios de Pedro Abat, de los hermanos Claudio y Esteban Boutelou y el antiguo herbario general sevillano. Si importante era el número, sobre todo en un país entonces con escasas recolecciones asequibles, era más importante su valor botánico e histórico, pues incluían recolecciones de los primeros viajes científicos por Andalucía, del siglo XVIII y posteriores.

Aquella semilla germinó y creció con el tiempo hasta alcanzar 25.000 pliegos a la marcha del primer titular de la cátedra sevillana, en 1976. Hoy el herbario SEV, su matrícula internacional en el *Index Herbariorum*, posee 175.000 pliegos registrados y es uno de los herbarios más importantes del país. Sus fondos han sido fundamentales

para la redacción de la *Flora de Andalucía Occidental* y las nuevas accesiones de la porción oriental de ese territorio más los procedentes del Norte de África son la base de los nuevos proyectos del Departamento actual.

La labor en el herbario y el conjunto de actividades y publicaciones no son, obviamente, fruto de una persona sola. A ello contribuyeron también los jóvenes botánicos que se incorporaron a la cátedra sevillana de Botánica. Al poco de incorporarse el nuevo catedrático entró en el Departamento Benito Valdés (1967) y al poco Santiago Silvestre (1968). Sin duda resultó atractiva la nueva savia botánica entre los jóvenes alumnos de Sevilla, pues rápidamente algunos de ellos se vincularon al grupo de trabajo del nuevo catedrático. De la primera promoción se incorporó Eugenio Domínguez Vilches y de la segunda promoción entraron en el equipo Baltasar Cabezudo Artero y Salvador Talavera Lozano. Algo más tarde lo hizo Juan Antonio Devesa Alcaraz y luego otros en segunda generación o posteriores hasta completar todo un cuadro de prestigiosos botánicos en las universidades andaluzas.

Todos los mencionados y algunos más son hoy catedráticos de universidad, mayoritariamente orientados a la Taxonomía, aunque también se han abierto nuevas líneas de trabajo o se han retomado ocasionalmente antiguas vías en el estudio de la vegetación. Esta explosión de botánicos nucleados en torno a una persona y ligados a un espacio concreto tiene mucho que ver con lo que los ecólogos llaman «efecto fundador» para expresar la multiplicación y deriva genética de un pequeño grupo de individuos que inician aisladamente una población nueva. El fenómeno no se restringe a la Botánica ni a un tiempo determinado, por el contrario se repite con frecuencia en la evolución de la universidad española y en ámbitos industriales, comerciales, etc. Es un caso más de paralelismo entre los fenómenos biológicos y los sociológicos que nos lleva a comprender lo artificial de la división de campos de conocimiento, al menos en ciertos aspectos.

El grupo de botánicos nacidos de la raíz sevillana tiene en su haber la publicación de la *Flora de Andalucía Occidental*, entre otros frutos, que debo resaltar en esta pequeña historia. Del paso frecuente de Vernon H. Heywood por España, al abrigo del CSIC, surgió la

amistad entre el eminente botánico británico y Emilio Fernández-Galiano. Como primer resultado de aquella conexión un joven Benito Valdés marchó a Edimburgo para formarse en Taxonomía Vegetal. El momento era el más apropiado pues, como he indicado, en aquellos años se estaba produciendo una auténtica revolución en el campo de la Botánica y el colaborador de Galiano volvió a los dos años con nuevos conceptos sobre el estudio y la clasificación de las plantas. «Benito was then able to start the first modern taxonomy school in Spain and train a whole series of students who later occupied important posts» (V. H. Heywood, *in litt.*).

El proyecto de la *Flora* se inició en 1971 con el catálogo de la provincia de Sevilla, al que siguieron otros, así como la definición de la obra (1978), que se publicó en 1987. Consta de tres tomos de los que son editores principales Benito Valdés, Salvador Talavera y Emilio Fernández-Galiano, con un Comité Científico compuesto por los tres anteriores más Baltasar Cabezudo, Juan Antonio Devesa, Eugenio Domínguez y Santiago Silvestre. El grupo sevillano al completo en la dirección de la obra, a los que se suman 35 autores y colaboradores de distinto tipo y condición. La flora abarca las provincias andaluzas occidentales (Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla) y suma 2.332 especies, que por aproximación suponen un tercio de la flora ibérica.

La obra supone un salto cualitativo de importancia en los estudios botánicos españoles. El diseño tiene como base la *Flora Europaea*, que tan bien conocía Galiano, pues había colaborado en el proyecto continental como Asesor Regional (España) desde el volumen II (1968-1980) y por el propio B. Valdés a partir de su periodo de formación con Vernon H. Heywood, uno de los promotores y editores de la flora. Esa base continental, de gran rigor y novedosa por su concepción, es sobrepasada por la *Flora de Andalucía Occidental* en algunos aspectos. Con la europea coincide en el uso de floras básicas de referencia, la estructura de las claves, los modelos de citación de los nombres de los taxones, las diagnosis, los datos cromosómicos, hábitat, fenología, etc. La mejora en la inclusión de iconos de cada uno de los taxones citados, casi 2.500 dibujos realizados en su mayoría por Antonio Cadete, quien «retrata» las plantas y sus caracteres diagnósticos con apenas unos trazos; la elección del dibujante de Elvas (Portugal) estuvo condicionada sin lugar a dudas

por la amistad de Galiano con José Malato Beliz, profesor de universidad en esa localidad portuguesa.

Supone también un avance sobre la flora de referencia la forma de indicar la distribución de las plantas, no por territorios administrativos sino por espacios naturales. Frente a la presencia por países de *Flora Eurpaea*, la andaluza incluye un mapa de comarcas, en el que se anota la pertenencia de cada taxón a una u otra. La distribución se vincula además con una de las primeras propuestas de división biogeográfica de la Península Ibérica de Salvador Rivas Martínez.

A la responsabilidad de Editor General, Galiano añadió su trabajo como autor en la redacción de algunas familias: Ulmáceas, Moráceas, Fagáceas, Betuláceas, Caparáceas, Arecáceas, etc., y como editor de familias como Urticáceas, Clusiáceas, Resedáceas y Poligaláceas.

Para acabar traigo aquí una pincelada de la última etapa académica de Emilio Fernández-Galiano, en la que de nuevo se cruzaron su vida y la mía, una etapa de cambio en la universidad española, tan lejana que resulta desconocida para la mayoría de los profesores actuales. En octubre de 1976 tomó Galiano posesión de la cátedra de Botánica de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense. Por entonces yo estaba en el mismo departamento, con categoría «UDI». En realidad era Profesor Agregado, pero Salvador Rivas Martínez me adjudicó jocosamente la condición de «Unidad Docente Independiente», que en serio suponía plena responsabilidad docente e investigadora y presupuesto individualizado, algo entre novedoso y revolucionario en aquel tiempo, que no era bien visto por algunos catedráticos y desataba la sana envidia de mis compañeros agregados. A la marcha de Rivas a la Facultad de Farmacia de la misma universidad mi condición «UDI» dentro del Departamento estuvo a punto de quebrarse y habría perdido mi condición si Emilio no hubiese defendido mi posición ante quien tenía en él más fuerza administrativa que yo. Como contrapunto, hoy todo el mundo es «UDI» en la Universidad. Son rechazables los comportamientos propios del «Viejo Régimen», más en el ámbito académico, donde la libertad y la responsabilidad son esenciales para el progreso, pero no parece que la atomización y dispersión actuales sean los planteamientos más adecuados para la optimización de los recursos humanos ni que los incentivos para reparar la situación den

los resultados apetecidos para estructurar y coordinar los equipos. La muerte de Emilio Fernández-Galiano revolvió la memoria y los sentimientos e hizo aflorar viejos recuerdos. Al hilo de este último es el momento de agradecer aquella actitud de mi amigo el Profesor Salvador Rivas, así como la defensa del compañero y amigo que hizo Emilio Fernández-Galiano.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) DE DIEGO, F. (2006): *In memoriam*. Profesor Emilio Fernández-Galiano Fernández (1923-2006). *Anal. Real Jard. Bot. Madrid*, 63: 253-256.
- (2) FERNÁNDEZ-GALIANO, E. (1983): Estado de la ciencia biológica en España. Discurso de ingreso Real Academia de Farmacia. Madrid.
- (3) FERNÁNDEZ-GALIANO, E. (2001): Homenaje a Enrique Montoya. Departamento de Microbiología, Universidad de Granada.
- (4) IZCO, J. (1975): Datos biográficos y bibliografía del Profesor Salvador Rivas Goday. *Anales Inst. Bot. A. J. Cavanilles*, 32: 9-32.
- (5) IZCO, J. (2004): Semblanza de Salvador Rivas Goday: huellas en el recuerdo. En: A. González Bueno (coord.) Marcelo Rivas Mateos, Salvador Rivas Goday, Salvador Rivas Martínez. *Tres Catedráticos en la Universidad de Madrid*, p. 79-89. Universidad Complutense de Madrid & Consejería de Sanidad de la C. A. Madrid.
- (6) MOLINA, A. (1990): Índice de los Trabajos del Departamento de Botánica y Fisiología Vegetal y de Botánica Complutensis. 1968-1990. *Botanica Complutensis*, 16: 121-128.
- (7) RAMOS, A. (2006): En memoria. Profesor Emilio Fernández-Galiano Fernández. *Botanica Complutensis*, 30: 191-195.
- (8) RIVAS GODAY, S. & FERNÁNDEZ-GALIANO, E. (1952): Preclímax y postclímax de origen edáfico. *Anales Jard. Bot. Madrid*, 10: 453-517.
- (9) SALGUERO, F. J. & TALAVERA, A. (1997): Herbarios históricos de la Universidad de Sevilla: contenido, interés y estado de conservación. *Bol. As. Herbarios Ibero-Macaronésicos*, 3: 4-7.
- (10) VALDÉS, B. (2006): Emilio Fernández-Galiano Fernández. Catedrático e impulsor del Jardín Botánico de Madrid. *El Mundo* (26-6-2006): 6.
- (11) VALDÉS, B.; TALAVERA, S. & SILVESTRE, S. (2006): Emilio Fernández-Galiano Fernández (1923-2006). *Lagascalía*, 26: I-VII.

IN MEMORIAM

Excmo. Señor Don Emilio Fernández-Galiano (1923-2006)

GONZALO GIMÉNEZ MARTÍN
Académico de Número

Excma. Señora Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Excmas. Señoras y Señores Académicos.

Queridos familiares y amigos del Excmo. Señor Don Emilio Fernández-Galiano Fernández.

Estimados amigos:

Es para mí un gran honor el pronunciar unas palabras en memoria y recuerdo de Emilio Fernández-Galiano, del amigo entrañable y siempre presente en el diario quehacer desde hace tantos años, lo que al volver la vista atrás, trae consigo vivencias de juventud y alegrías del pasado.

Gracias a los Académicos de la Sección segunda de esta Real Academia, que tuvieron a bien el proponer mi nombre para que pronunciase unas palabras en el día de hoy. Gracias porque ello me permite el entrelazar pensamientos que la mente va elaborando a medida que en ella se instala con su mucho de angustia y sensaciones de aflicción y de pesar, la despedida de una persona querida que nos ha dejado para siempre y a la que siempre le he dispensado afecto y cariño.

Pienso que en estas ocasiones en que la Real Academia promueve estas manifestaciones de recuerdo produce sensibilidades para que los asistentes rememoren días, hechos y anécdotas vividas junto a la persona que se recuerda y con ellos se cree un ambiente de sosiego y paz que se desea transmitir a aquéllos que rodearon en vida al ser querido.

Yo conocí a Emilio Fernández-Galiano hace muchos años. Eran mediados de los años cuarenta del pasado siglo. Por aquel entonces el plan de estudios de la carrera de Farmacia tenía un primer curso al que llamaban «Preparatorio», que se realizaba en la Facultad de Ciencias. La ubicación de las diversas asignaturas se encontraba, ya en la Ciudad Universitaria, ya en un pabellón existente en un patio interior del conjunto en que se encontraba el Casón de San Bernardo. Matemáticas, Físicas y Químicas se dictaban en los edificios recién restaurados de la Facultad de Ciencias, mientras Biología y Geología se daban en el vetusto recinto de San Bernardo.

Como ustedes comprenderán, si tres asignaturas se realizaban en un lado y otras dos en otro, en diferentes días de la semana, y cada una de ellas con una periodicidad de tres horas semanales, permite suponer la coincidencia en el mismo día de sesiones localizadas en distintos lugares cuyas diferencias horarias obligaban a los jóvenes estudiantes a salir, a paso ligero, desde la Ciudad Universitaria al centro de Madrid a fin de poder asistir a las diferentes clases. Yo era en aquel entonces uno de aquellos jóvenes.

Pues bien, los profesores que teníamos en San Bernardo desarrollaban su docencia conjuntamente para los alumnos de Farmacia y de las llamadas, en aquel tiempo, Ciencias Naturales. Allí en la Universidad oí por primera vez hablar de la célula y la persona que la describía se llamaba Emilio Fernández-Galiano. El primer Emilio Fernández-Galiano que conocí. Y es verdad que el recuerdo de aquellas lecciones y de aquel hablar pausado y sosegado jamás se olvidarán.

Al siguiente curso, segundo de la carrera y primero de la Facultad de Farmacia, en el inicio del mismo, allá por el mes de octubre, el entonces Catedrático de Botánica, don Salvador Rivas Goday, miembro de esta Corporación, daba comienzo a sus ilustrativas y pedagógicas excursiones por los alrededores de Madrid y en especial por la sierra cercana del Guadarrama con la recolecta de hongos y hele-

chos. En aquella, para mí, primera excursión, conocí al segundo Emilio Fernández-Galiano. Era un jovencito, un poco mayor que los alumnos, que vestía y aun lo recuerdo, una cazadora de cuero de color claro y seguía la marcha por el campo al lado siempre de don Salvador. Alguien entonces nos dijo quién era esa persona: Emilio Fernández-Galiano, hijo de don Emilio y que por aquel entonces empezaba su Ayudantía de Clases Prácticas de Botánica Descriptiva en la Facultad de Farmacia. Muy recientemente había finalizado la licenciatura con Sobresaliente y Premio Extraordinario y en ese curso daba comienzo a su carrera docente.

En el curso iniciado en 1948 se cambió el ámbito de los estudios de Emilio Fernández-Galiano alcanzando la Adjuntía en Geología Aplicada y Edafología, siendo entonces catedrático de esta asignatura don José María Albareda Herrera, miembro también de esta Real Academia. El Profesor Fernández-Galiano permanecería hasta 1960 al lado de Albareda hasta que éste dejó la Cátedra y le sustituyó Fernández-Galiano durante el curso 1960-1961. En 1950 había culminado sus estudios en Farmacia con el Doctorado, por el cual recibió Premio Extraordinario, y en 1952 la Licenciatura en Ciencias Naturales.

El 27 de octubre de 1983, el Profesor Emilio Fernández-Galiano ingresaba como Académico de Número en esta Real Corporación y en su discurso de Toma de Posesión de la medalla número 26 manifestó: «Escuché no hace mucho al Director de esta Real Academia en ocasión de un acto entrañable, que “hay fidelidades” que ahora no son rentables, y se refería a la enorme figura de don José María Albareda Herrera, uno de los más insignes académicos que han pertenecido a esta Real Academia y del cual, suscribiendo la bancarrota de la actual falta de rentabilidad de su recordación, me declaro discípulo y amigo. Mis largos años de convivencia con él en la Cátedra de Geología Aplicada de la Facultad de Farmacia donde desempeñé durante años la labor de Profesor Adjunto, me permitieron conocer aspectos de su carácter que sólo la continua relación Catedrático-Discípulo permiten percibir. Solía decir Albareda que la fecundidad se demostraba no haciéndose imprescindible, pero, a pesar de haber sido un hombre extraordinariamente fecundo, su ausencia se hace cada vez más patente, especialmente en estos tiempos de transformaciones en la Universidad y en las Instituciones Científi-

cas...» «Me hubiera gustado contagiarme de su entusiasmo, estar dotado de su gran inteligencia y ejercer su enorme, su increíble humildad». Esto lo decía Emilio Fernández-Galiano en 1983, como ya he dicho.

Traigo a colación estas palabras de nuestro recordado amigo en unos momentos en que se ha realizado la tropelía de cambiar el lugar en que se encontraba el busto del Profesor Albareda, de su ubicación al lado del antiguo Instituto de Edafología que él creó y frente al edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas del que él fue su promotor y en el que actuó como Secretario General durante 27 años. En estos momentos en que la mediocridad culposa ha ido adquiriendo carta de naturaleza, me declaro yo, reiteradamente, su discípulo y amigo; 23 años después de que Emilio Fernández-Galiano lo declarase en esta Real Academia.

Emilio Fernández-Galiano estuvo, de una u otra manera, siempre muy vinculado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde la segunda mitad de la década de los años cuarenta en que entró como becario, a finales de los cincuenta como Colaborador Científico e Investigador en los primeros años sesenta. Fue en esta época, el 29 de marzo de 1960 en que fue nombrado Vicesecretario del Jardín Botánico de Madrid y del Instituto Botánico del Consejo Antonio José de Cavanilles, cuando se comenzó a mostrar la gran labor que como gestor realizaría durante toda su vida el Profesor Fernández-Galiano ya, en principio, con la construcción de nuevos invernaderos, ya en el magnífico edificio de investigación que alberga actualmente el centro del Consejo cuya financiación se debe en una parte sustancial, a la incansable y eficaz labor de Fernández-Galiano introduciendo mejoras sustanciales en las condiciones en que se encontraba el riquísimo patrimonio del Jardín Botánico y de sus fondos bibliográficos.

Nada pasaba desapercibido a la visión gestora de Fernández-Galiano y a él se debió la propuesta de reorganización del personal laboral del Jardín y de su adscripción al C.S.I.C.

Emilio Fernández-Galiano obtuvo la Cátedra de Botánica de la Universidad de Sevilla en 1965 y a ella dedicó su mucho saber en el estudio taxonómico de las especies botánicas andaluzas y su mucho hacer en la formación de un magnífico plantel de jóvenes botánicos,

así como de la organización de la Botánica en las Facultades de Ciencias y de Farmacia como decano de la primera entre 1969-72 y de la segunda desde 1974 al 76, recibiendo el nombramiento de Decano Honorario de esta última Facultad. En el año 1976 regresa a Madrid ocupando una de las Cátedras de Botánica de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense y con ello se actualizaba entre nosotros una nunca olvidada relación personal y académica.

El nombramiento del profesor Fernández-Galiano como Consejero de Número del Consejo Superior de Investigaciones Científicas le vinculó permanentemente a esa Institución; su nombramiento como Académico de Número de esta Real Academia lo hizo para siempre de esta Casa.

Con un sentimiento de profunda y sincera amistad que se encuentra en el corazón, reciban su señora, hijos y demás familiares y amigos mi más expresivo sentimiento de aprecio hacia el amigo que se nos ha ido y con él el recuerdo a su memoria. Descanse en la paz del Señor.

**Emilio Fernández-Galiano Fernández,
profesor universitario**

JUAN RAMÓN LACADENA CALERO
Académico de Número

Sean mis primeras palabras de agradecimiento al Profesor Emilio Fernández-Galiano Fernández porque, gracias a él, yo estoy hoy aquí como Académico de Número de esta Real Academia Nacional de Farmacia honrando su memoria como profesor universitario. En efecto, una mañana de 1995 se presentó Emilio en mi despacho de la Facultad para preguntarme si aceptaría el nombramiento de académico numerario de esta Corporación en caso de ser elegido. A continuación me explicó que había salido la convocatoria de la Medalla número 1, vacante por el fallecimiento de nuestro compañero de claustro universitario el Profesor Alfredo Carrato Ibáñez, y que él estaría dispuesto a presentar mi candidatura, cosa que hizo en compañía de los académicos don Ángel Santos Ruiz y don Salvador Rivas Martínez.

Tuve además la satisfacción de que esta Corporación designara a Emilio Fernández-Galiano para que contestara a mi Discurso de Ingreso y nunca olvidaré las emotivas palabras con que se refirió a mi persona:

«Es costumbre en las Academias, cuando se trata de cubrir una plaza vacante de Académico de Número, celebrar entre sus miembros conciliábulos oficiosos, a veces en los mismos pasillos, discutiendo amistosamente sobre los méritos y peculiaridades científicas y humanas de los aspirantes. En uno de estos cambios de impresiones trataba yo de ilustrar a algunos colegas sobre las virtudes que adornan a nuestro hoy recipiendario, resaltando su ambivalencia como doc-

to en Genética y en Bioética, su larga experiencia docente e investigadora y su interesantísima obra como divulgador de la ciencia, cuando un venerable compañero académico [en referencia a don Ángel Santos Ruiz] que me escuchaba atentamente emitió su sentencia, con la seguridad que confieren los muchos años de vida y de experiencia: “y, además, es una buena persona”. Si bien es cierto que la calidad de una persona no debe figurar como condición prioritaria para ingresar en nuestra Corporación, que se encuentra, por otra parte, rebosante de buenas personas, hoy se comenta favorablemente “la necesidad de recuperar el valor de ser buena persona” ante la degradación moral que en muchos aspectos está sufriendo nuestra sociedad, por lo que no era baladí, en modo alguno, la observación de nuestro veterano compañero. Pero la condición de buena persona, en el caso de Lacadena, que no en el de todo el mundo, va acompañada de otras particularidades que lo convierten en un hombre, no sólo adecuado, sino necesario para nuestra Academia...»

Además, es de justicia resaltar que en cierta ocasión participé como miembro del jurado en una comisión que, actuando con objetividad, dictaminó en contra de los intereses del profesor Fernández-Galiano y, sin embargo, él nunca me guardó rencor, como bien lo demuestra el haber apadrinado mi acceso a esta Real Corporación. Como de bien nacidos es ser agradecidos, me sentía obligado a hacer pública esta circunstancia. Tendría que decir, por el contrario, que por la misma actuación de aquella comisión, otro profesor de la Facultad me negó la palabra para siempre.

En numerosas ocasiones pude comprobar en el quehacer universitario diario la capacidad dialogante del profesor Fernández-Galiano para afrontar las situaciones por complicadas que fueran. Recuerdo sus intervenciones conciliadoras y plenas de sentido común en Junta de Facultad en tiempos universitarios difíciles y crispados.

Uno de sus primeros discípulos, el Profesor Benito Valdés Castriellón, Catedrático de la Universidad de Sevilla, escribía de él en un obituario publicado en el periódico *El Mundo* (cito textualmente) que «desde el punto de vista humano, Galiano era afectuoso, afable y un tanto paternal con sus discípulos. De genio vivo, quienes hemos

tenido el honor de colaborar con él sabemos bien las reacciones a veces fuertes con las que respondía ante equivocaciones o comentarios inoportunos. Pero su fondo noble le hacían también reconocer cuando se había equivocado y suavizar su reacción un día después».

Otro de sus discípulos, el Doctor Ángel Ramos Núñez, Profesor Titular de Botánica en la Universidad Complutense, decía en un artículo necrológico que «...quienes tuvimos la suerte de compartir con él otras situaciones, además de las estrictamente laborales, sabemos que, por supuesto, era una persona como las demás: tan apasionado con sus amigos como contra sus enemigos; generoso en favores y exigente en lealtades; un hombre de su época que, con escepticismo, trató de comprender la actual» y decía más adelante que «...supo olvidar cualquier revés de la vida [...] con tal de no rehuir ninguna de las oportunidades y responsabilidades que se le presentaron; y si éstas no llegaban, iba en su búsqueda. Creo que, ante todo, fue un luchador». Y terminaba diciendo que: «el motivo de su vida, su amor propio, fue su familia: su mujer y sus seis hijos; su debilidad, sus nietos, a quienes adoraba».

Hecho público mi agradecimiento, paso a glosar su figura como profesor universitario.

EMILIO FERNÁNDEZ-GALIANO, PROFESOR UNIVERSITARIO

Emilio Fernández-Galiano Fernández (Barcelona, 3 de agosto de 1923 - Guadalajara, 5 de junio de 2006), licenciado en Farmacia (1945) y licenciado en Ciencias Naturales (1952) por la Universidad Complutense, se doctoró con premio extraordinario en Farmacia en 1950 bajo la dirección del profesor Salvador Rivas Goday —cuya vacante (Medalla núm. 26) en esta Real Academia ocupó él mismo— completando su formación en Canadá, en la Universidad de Quebec, bajo la dirección del profesor Pierre Dansereau en condición de Attaché de Recherche (1955-1956). De vuelta a Madrid continuó su carrera investigadora en el Instituto de Edafología y Biología Vegetal y después en el Instituto Botánico Antonio José Cavanilles, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del que fue Colaborador Científico, Investigador (1962) y Profesor de Investigación (1965),

compatibilizando su posición en el CSIC con tareas docentes en la Facultad de Farmacia primero y en la de Biología después. De su paso por el CSIC ya nos ha hablado en su intervención anterior el Doctor Gonzalo Giménez Martín. Por otro lado, su faceta como investigador botánico ha sido ya tratada por el profesor Jesús Izco Sevillano. A mí me corresponde en este acto glosar su actividad docente universitaria que transcurrió entre Madrid y Sevilla, en viaje de ida y vuelta.

Como es lógico, la carrera docente universitaria del profesor Fernández-Galiano se inició en la Universidad Complutense de Madrid, primero en la Facultad de Farmacia y luego en la Sección de Biológicas de la Facultad de Ciencias. Durante los primeros años de formación (1946-1962) desarrolló su actividad docente en la Facultad de Farmacia, alternando la enseñanza de la Botánica y la Edafología, primero como Ayudante de Clases Prácticas y luego como Profesor Adjunto en la Cátedra de Geología Aplicada que ostentaba José M.^a Albareda. Pero fue en el ámbito de la Biología donde desarrolló y completó su carrera como profesor universitario, como pasaré a describir a continuación.

El 11 de agosto de 1953, la Licenciatura en Ciencias Naturales del entonces vigente plan de estudios universitarios se desdobló en dos licenciaturas: la de Ciencias Geológicas y la de Ciencias Biológicas, quedando adscrita a esta última la Cátedra de Botánica como era lógico. De ella dependían las asignaturas de Fanerogamia en el segundo curso de la licenciatura y la Criptogamia en tercero, más una asignatura optativa en quinto curso. En aquella época destacaba la figura de don Manuel Jordán de Urríes como responsable de la enseñanza de la Botánica, que solamente estuvo en posesión de la Cátedra de Fitografía desde 1959 hasta 1962 debido a su prematura muerte. Por entonces, Emilio Fernández-Galiano, que era Secretario del Instituto Botánico A. J. Cavanilles del CSIC, había sido nombrado Profesor Adjunto con carácter interino de la asignatura Fitografía y Geografía Botánica con efectos de 30 de marzo de 1962. Debido al fallecimiento de don Manuel Jordán de Urríes en 1962, Emilio Fernández-Galiano se hizo cargo de la docencia botánica como Encargado de Cátedra provisional de Fitografía (Criptogamia y Fanerogamia) durante los cursos 1962-1963 y 1963-1964, hasta que en enero de 1964 tomó posesión de la Cátedra de Fitografía, ganada por oposición, el profesor Francisco

Bellot Rodríguez, que había sido hasta entonces Catedrático de Botánica en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santiago. El Profesor Bellot fue también, desde 1967, Académico de Número de esta Real Academia Nacional de Farmacia.

La enseñanza de la Botánica en la antigua Universidad de Madrid estuvo vinculada al Real Jardín Botánico en cuyas instalaciones del Paseo del Prado se llevaba a cabo la docencia, al menos desde 1857. Era costumbre entonces que el catedrático de Fitografía o Botánica Descriptiva de la Facultad de Ciencias fuera nombrado a su vez Director del Real Jardín Botánico. Sin embargo, a partir de 1967 se inició el traslado físico de la Cátedra de Fitografía a locales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense en la Ciudad Universitaria. Por aquella época se creó la figura del Profesor Agregado, siendo Juan Antonio Seoane el primer Profesor Agregado del Departamento de Botánica desde 1968 a 1971 hasta que marchó a Barcelona al obtener la Cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Barcelona, siendo sustituido el mismo año de 1971 por el Profesor Jesús Izco Sevillano, que hoy nos honra con su presencia en este acto en el que ha glosado la figura de Emilio Fernández-Galiano como botánico. El profesor Izco también abandonó el Departamento de Madrid al acceder a la Cátedra de Botánica en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santiago de Compostela.

Como he señalado anteriormente, la carrera de Emilio Fernández-Galiano como profesor universitario está vinculada a la Universidad de Sevilla, puesto que la primera cátedra que se dotó en la Sección de Biología de la Facultad de Ciencias fue la de Botánica y él la ganó por oposición, tomando posesión de la misma el 11 de noviembre de 1965. Con él llegó a Sevilla Jesús Novo, que ocupó durante dos años la plaza de Profesor Adjunto y poco después, en 1967, se incorporó Benito Valdés Castrillón, que es en la actualidad Catedrático de Botánica de la Facultad de Biología, y en 1968 se incorporó al grupo Santiago Silvestre Domingo que en la actualidad ostenta el cargo de Catedrático de Botánica en la Facultad de Farmacia de Sevilla. No hay duda que Emilio Fernández-Galiano sembró la semilla que germinó en la Universidad Hispalense, dando numerosos frutos, como enumeraba el profesor Valdés en su artículo sobre «La Biología en la Universidad de Sevilla» escrita con ocasión del Quinto Centenario.

El Profesor Fernández-Galiano no solamente organizó el Departamento de Botánica en la Universidad de Sevilla, sino que también fue Decano de la Facultad de Ciencias desde 1969 hasta 1972, facilitando desde su puesto de Decano la incorporación de nuevos profesores que contribuyeron a la puesta en marcha de la Sección de Biología de dicha universidad. Además, como señala el profesor Valdés, del núcleo de la Facultad de Biología derivaron algunos de los grupos que se ocupan del desarrollo de la docencia y la investigación de las materias de mayor contenido biológico en la Facultad de Farmacia que se creó en 1973. El profesor Fernández-Galiano actuó también desde 1974 a 1976 como primer decano de la recién creada Facultad de Farmacia, siendo nombrado posteriormente Decano Honorario. Su capacidad organizativa académica se plasmó también como Director del Colegio Universitario de Cádiz (1972-1974) y del Colegio Universitario de Córdoba (1972-1974), que fueron las semillas que fructificaron más tarde en las actuales Facultades de Biología de las Universidades de Cádiz y de Córdoba. De su etapa sevillana hay que indicar también que participó en la fundación a partir de 1971 de la revista botánica *Lagascalia*.

En 1976, Emilio Fernández-Galiano regresó a Madrid al ser nombrado por concurso de traslado Catedrático de Botánica de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, tomando posesión el 8 de septiembre de 1976. Fernández-Galiano ocupó la Cátedra que había dejado vacante nuestro compañero en esta Real Academia, el Profesor Salvador Rivas Martínez quien, habiendo sido Catedrático de Botánica en la Facultad de Farmacia en la Universidad de Barcelona desde 1965 a 1970, volvió a la Universidad Complutense ocupando la Cátedra de Botánica de la Facultad de Biología desde 1970 a 1976 en que pasó a ocupar la Cátedra en la Facultad de Farmacia de la misma Universidad.

Con el Profesor Fernández-Galiano se trasladaron a Madrid en 1976 dos profesores contratados colaboradores suyos: Eugenio Domínguez Vilches —que había sido alumno de la primera promoción de Sevilla y que al año siguiente se marchó de Madrid al ganar una plaza por oposición, siendo en la actualidad Catedrático de Botánica en la Universidad de Córdoba y Rector de la misma—, y el anteriormente citado Ángel Ramos Núñez, actualmente Profesor Titular en el Departamento de Biología Vegetal I de la Facultad de Biología de la

Universidad Complutense. Aprovecho esta mención para agradecer al profesor Ramos la información personal que me ha dado y que como discípulo de excepción recoge en el artículo *in memoriam* publicado la revista *Botánica Complutensis* editada en el propio Departamento. Ya en Madrid, el profesor Fernández-Galiano tuvo otros discípulos a quienes dirigió la tesis doctoral y que más tarde fueron también Profesores Titulares en el mismo Departamento, como son Margarita Moreno Sanz y Ana Buades Rodríguez. También hay que mencionar a Mercedes Alsina, que se fue de Madrid para ocupar una plaza como profesora de Instituto de Enseñanza Secundaria.

En 1983, el profesor Fernández-Galiano pasó a ocupar la Cátedra de Fitografía en la misma Facultad de Biología de la Universidad Complutense, ostentándola hasta el día 3 de agosto de 1988 en que le llegó su jubilación prematura a los sesenta y cinco años de edad por razones, a mi juicio, de una equivocada política ministerial del Gobierno de entonces. No obstante, continuó vinculado a la Universidad Complutense como Profesor Emérito desde el 10 de noviembre de 1988 hasta el 30 de septiembre de 1995.

Como Catedrático de Botánica de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense desempeñó además otros cargos académicos como el de Coordinador del Colegio Universitario Integrado «Arcos de Jalón» (1980-1981) y Director del Departamento de Botánica desde 1981 hasta 1988. La denominación del Departamento pasó de llamarse de «Botánica» a «Botánica y Fisiología Vegetal» y, finalmente, «Biología Vegetal I» (el de «Biología Vegetal II» corresponde a la Facultad de Farmacia). Siendo Director del Departamento, le correspondió figurar como primer Director de la Revista *Botánica Complutensis* que fue la continuación de los *Trabajos del Departamento de Botánica y Fisiología Vegetal* cuya publicación se había iniciado en 1968.

Dentro de la Universidad Complutense tuvo también otros cargos de responsabilidad como el de Delegado del Rector para la coordinación de la elaboración de un Proyecto de Jardín Botánico de la Universidad Complutense (1982) y el de Director del Instituto Universitario de Ciencias Ambientales.

Como méritos adicionales a su trayectoria académica hay que mencionar que fue Director en funciones del Real Jardín Botánico de

Madrid (desde el fallecimiento del anterior Director don Manuel Jordán de Urríes hasta su traslado a Sevilla), Vocal del Patronato del Parque Nacional de Doñana (1970-1975), Presidente del Comité Nacional Español del Programa MAB (El Hombre y la Biosfera) de la UNESCO, Vocal del Comité Español de la Unión Internacional de Ciencias Biológicas, Vocal del Real Patronato de la Biblioteca Nacional, Asesor de Relaciones Internacionales del CSIC (1963-1965), Consejero de Número del CSIC (1968), Presidente de la Comisión Rectora del Instituto Nacional del Medio Ambiente del CSIC (1977-1980), Presidente de la Real Sociedad Española de Historia Natural (1982-1983). En 2002 se le concedió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Como hizo notar en su necrológica su discípulo el Profesor Ángel Ramos Núñez, Emilio Fernández-Galiano, que tanto se había preocupado por el medio ambiente en su vida profesional académica, falleció el 5 de junio de 2006, Día Mundial del Medio Ambiente. Descanse en paz nuestro compañero Emilio Fernández-Galiano Fernández.

He dicho.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) GALLARDO, T. (2007): Notas para una historia de la Botánica en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense. En (M. D. Ochando y A. Baratas (eds.): «Memorias de bata y bota. 50 promociones de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense de Madrid», *Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense de Madrid*, pp. 95-108.
- (2) RAMOS, A. (2006): En memoria. Profesor Emilio Fernández-Galiano Fernández. *Botanica Complutensis*, 30: 191-195.
- (3) VALDÉS, B. (1992): La Biología en la Universidad de Sevilla. *Conmemoración del Quinto Centenario, Sevilla*, pp. 311.

IN MEMORIAM

Excmo. Señor Don Emilio Fernández-Galiano (1923-2006)

JUAN MANUEL REOL TEJADA
Académico de Número

Cuando la Academia hace una sesión necrológica, no sólo ofrece un homenaje al compañero que nos ha dejado, sino que efectúa, también, una reflexión sobre sí misma y la personalidad de sus miembros.

Hoy recordamos al Profesor Emilio Fernández-Galiano y yo debo subrayar su perfil académico.

Ingresa como Académico de Número el 27 de octubre de 1983. Su discurso se titula: «El estado de la ciencia botánica española». Le contesta don Salvador Rivas Martínez.

El discurso de Fernández-Galiano refleja perfectamente su personalidad. En primer lugar demostró su amplia altura científica, pues al hacer la historia de la botánica, en los dos últimos siglos, nos proyecta ésta en el escenario de las ciencias naturales, químicas y médicas. Junto a los botánicos Fernández-Galiano sitúa a los Hopkins, Funk, Koch, Morgan y Muller (la teoría cromosómica y de las mutaciones) Fleming, Chain, Warburg, Krebs, Watson y Crick... Fernández-Galiano demuestra la unidad de la ciencia, la interrelación de las diferentes disciplinas y, si se me permite la extrapolación, la riqueza del «mestizaje» al que conduce esa interrelación de conocimientos.

En segundo lugar, su discurso demuestra que a Fernández-Galiano no sólo le interesa la historia, sino que es capaz de contextualizar

la historia de la botánica en el marco social, cultural y económico de cada momento.

Por ejemplo, Fernández-Galiano describe perfectamente cómo en los tiempos ilustrados la Universidad se mantiene en posiciones inmovilistas a fuerza de guardar celosamente su autonomía frente al poder real, lo que explica la creación de instituciones nuevas: Academias, Escuelas de Ingenieros, Jardines Botánicos cuyo dinamismo influirá sobre las Universidades. El Profesor Fernández-Galiano cuenta cómo la gran empresa que supuso el CSIC no significó, paralelamente, la modernización de las Universidades y cómo los jóvenes científicos nutrieron los Institutos de nueva creación mientras la dotación para nuevas Facultades y Cátedras se estancaba. La Universidad, dice, languidecía hasta 1953. Fernández-Galiano cita, con gran agudeza, que la Microbiología entró en la Universidad a través de la Facultad de Farmacia, 86 años después de los trabajos de Pasteur y la Genética, 88 después de Mendel. Contrapone este retraso con el esfuerzo anticipador de J. M. Albareda que introduce la Edafología en los estudios universitarios, o con el progreso de la moderna ciencia botánica que engarza sus saberes con los aspectos ecológicos: sociología-botánica, botánica-ecológica... Este esfuerzo, especialmente desarrollado en la Facultad de Farmacia, supone una vuelta de investigadores del CSIC interesados, también, por «la apasionante labor de la docencia universitaria». Quiero señalar que quien manifiesta tener una visión tan clara de los sucesos históricos y su interpretación, decía que no le interesaba nada la historia.

En tercer lugar, el discurso de Fernández-Galiano pone de manifiesto a un hombre que expresa un patriotismo crítico. Recoge las palabras de M. Pelayo que se duele de que un país que ha dado grandes exploradores, botánicos, mineralogistas, navegantes... se encuentre en el siglo XIX, tras el fallecimiento de Cavanilles y el exilio de Lagasca, tan postrado: «Ya no enviamos expediciones de astrónomos y naturalistas para estudiar la flora de México, Perú o Nueva Granada. Ya no se crean parques de aclimatación zoológica como los de Orotava y San Lúcar de Barrameda. Ya no salen de entre nosotros químicos que descubran el platino, el tungsteno y el vanadio, ni matemáticos que creen nueva ciencia, como Lance y Betancourt. Ya no es estudio de moda el de la botánica como en tiempos de Carlos IV...»

El Profesor Fernández-Galiano, que se alegra del resurgir de la ciencia botánica en España desde los años cincuenta, sin embargo no puede por menos que señalar la cicatería presupuestaria con la Universidad, máxime «si se considera que en los medios biológicos viene imperando desde hace no poco tiempo un aldeano desprecio por las ciencias sistemáticas y una provinciana admiración por las disciplinas que utilizan ultracentrífugas».

La exégesis del discurso de Fernández-Galiano me lleva a subrayar, como dije antes, rasgos característicos de su personalidad: su visión omnicomprensiva de las ciencias, su interés por situar la aventura científica en su contexto social, cultural y económico, es decir, histórico, y su patriotismo crítico. A ello añadiré un factor más: su carácter. El Profesor Rivas Goday dijo de él: «de carácter vivo e irritable, pero al momento se difuminan sus enojos».

He querido partir de este análisis de su personalidad para subrayar que en su quehacer académico se pueden descubrir esos mismos rasgos, como señalaré a continuación. Emilio Fernández-Galiano participa de forma destacada, como protagonista, en dos hitos de la historia de la Academia. El primero la reunión de las Academias Europeas en Madrid en 1992, para conmemorar los 50 años del Instituto de España, presidido entonces por Miguel Artola, con una ponencia que desarrolló conjuntamente con Ángel Vian, aquel otro gran Académico.

La ponencia trataba sobre «Las relaciones internacionales entre las Academias Europeas y posible desarrollo». Proponían la creación de un Instituto de Academias Europeas. Sólo hacía seis años que España había ingresado en la CE y nuestro Académico ya soñaba con un proyecto europeo que no anulase las propias identidades, ya que la diversidad es una característica plenamente europea, seguramente fundamento y base de su creatividad.

Los autores, que ven al Instituto Europeo como un gran órgano para la consulta y las propuestas anticipatorias, se lamentan que en el Tratado de la U.E. no se haga referencia alguna a las instituciones académicas «cuando tantas y tan prestigiosas lucen en el ámbito cultural europeo».

El segundo hito académico que protagoniza Emilio Fernández-Galiano es la gestión y coordinación de las Jornadas Iberoamericana-

nas de 1996, que se celebran para conmemorar el 50 aniversario del ingreso de nuestra Academia en el Instituto de España en 1946. Es una delicia leer sus cartas a ministros, embajadores, banqueros de alta alcurnia, científicos... y observar cómo explica el sentido de las Jornadas y su objetivo: revisar el panorama científico de esa hora, los desafíos sanitarios (el sida, las enfermedades parasitarias, la mejora de la salud pública) y a la vez mostrar la calidad de los científicos de las Academias farmacéuticas y de los cultivadores de estas ciencias.

Fernández-Galiano puso trabajo, inteligencia e ilusión. Esta receta fue determinante para el éxito de las Jornadas. En estos ejemplos, insisto, se percibe como aquél entiende el carácter universal de la ciencia, su influencia en la historia y su interés por el papel de España.

Traté bastante a Fernández-Galiano. Vi su compromiso con la Academia y percibí su esfuerzo por incorporar a los mejores. Citaré sólo a dos compañeros cuyo ingreso es, en gran parte, iniciativa suya: el Profesor Espinós y el Profesor Lacadena.

Le vi actuar en las Juntas de Gobierno: siempre interesado, demostrando su profundo conocimiento de la Academia y sus características, firme en sus convicciones, sabedor del peso de su opinión, dialéctico duro, nunca descortés. Recuerdo con emoción como después de una viva discusión sobre un tema académico, me dijo: «una cosa me tranquiliza totalmente, que tú llevas ese tema». Era yo entonces vicepresidente.

Casi simultáneamente a mi elección como Presidente, Emilio Fernández-Galiano sufrió su primer problema, grave, de salud. Nunca se recuperó, aunque una vez asistió a una reunión en la Academia.

En los primeros tiempos le visité con cierta frecuencia. Me enseñaba los textos que recogían sus puntos de vista o sus trabajos de investigación botánica. Hablábamos de todo. Leía todos los asuntos relacionados con la Academia. Poco a poco sus facultades mermban. Producía desasosiego ver a un hombre de su actividad anterior postrado en una silla, con sus ojos negándose a leer.

De esta época guardo dos ejemplos de comportamiento excepcional, de abnegación y amistad. Carmen, su mujer, su compañera de toda la vida, poniendo serenidad y sacrificio a estos últimos difíciles

años. Nuestro compañero Manuel Ortega Mata, el amigo de toda la aventura universitaria, que le visitaba todos los sábados. Ejemplo impresionante de amistad.

Siempre he dicho que la muerte debe integrarse en la vida, que la muerte se doblega ante la vida que trasciende su propia finitud. Debo reconocer, sin embargo, que me perturba y me conmueve el espectáculo de la muerte rondando durante meses a un hombre que espera.

Me digo que Pedro Laín distinguió perfectamente entre la espera y la esperanza. Emilio Fernández-Galiano era cristiano y tenía esperanza. Tenía su carácter y el derecho a interpelar e interpelarse. Emilio vivió los últimos años en Guadalajara junto a Carmen, tenía y sentía el amor de sus hijos, pero estaba lejos de su casa, de sus libros y de sus amigos.

Estoy seguro que en aquellos momentos Emilio Fernández-Galiano recordaba los versos de su tío andaluz Manuel Fernández Gordillo. Porque el universitario y gran botánico, de dialéctica acerada y corazón limpio, tenía una fina, aunque soterrada sensibilidad. En una ocasión me regaló dos libros de su tío Manuel: «Canciones de la Jornada» y «Canción de los fuegos» (1918, 1926). Este último empieza así:

«El fuego está en las almas febriles, anhelantes
—amores y dolores de vida mundanal—
son llamas de la tierra sus luces vigilantes,
que buscan paradero soñando lo inmortal».

El alma ardiente del gran botánico, abierta a la esperanza, alcanzó un día la inmortalidad que soñaba.